



EL TRABAJADOR QUE VOLVIO DE ALEMANIA

Por **JOSE ANTONIO PARRA**

PASSENGERS coming from Madrid and going to Torremolinos and Marbella please board the buses. Gate number one.

La madre se volvió para mirar hacia los altavoces. Cogió por el brazo al marido y apretó fuerte.

—¿Qué dice? —preguntó.

—No lo sé, no entiendo nada.

La madre miró hacia el fondo: Había una fila de sillones rojos, llenos de gente. Encima, en la pared, muchos letreros de colores.

—¿Y aquí está el Juan? —preguntó ella.

—Mujer, estará en el salón que tengan pa esas cosas. Digo yo.

—¿Y qué hacemos? ¿Ande vamos? Había mucha gente alrededor de ellos. El padre paró a un hombre.

—Una pregunta, por favor. ¿Sabe usted, ande puen informarme de... —se paró un momento. El hombre estaba mirando la gorra con visera del padre y las ropas negras de la madre— de algo que tengo que recoger?

El hombre no habló. Levantó el

brazo y señaló un mostrador. Había un gran letrero: «Información. Information.» Luego siguió andando.

—Dispense —dijo el padre. Se llevó la mano a la visera de la gorra.

—¿Hay que preguntar allí, Juan?

—Quéate aquí si quieres. Yo voy.

—No, no. Yo voy contigo. Anda.

Le señaló el camino levantando la cabeza, señalando con la barbilla. El padre echó a andar. Había una señorita de uniforme detrás del mostrador. Un grupo de gente se interponía entre ellos. El padre se detuvo.

—Yo le ofrecí un diez por ciento de todos los ingresos brutos. Además, mira: el asunto de Alemania se arregla, te digo yo que se arregla y entonces lo va a sentir. El Consejo de Administración está dispuesto a hacer algo.

—Bueno, pero lo que yo quiero es que no te precipites. Tú ahora en Ginebra agarra toda la documentación, ¿me comprendes?

El padre estaba detrás de los dos hombres. Una chica alta, rubia, se separó del mostrador. La madre le estorbaba para pasar.



—Excúseme —dijo—. Había apoyado una mano sobre el hombro de la madre.

Los dos se apartaron. Ahora el padre se acercó al mostrador. Entre él y la madre quedaron dos mujeres ancianas.

—Her husband, who was a station-master... —decía una de las ancianas.

El padre estaba ya frente al mostrador. La chica de uniforme le miraba.

—Buenos días, señorita —otra vez se llevó la punta de los dedos a la visera de la gorra.

—Buenos días, señor, ¿qué desea?

El padre estaba buscando algo en un bolsillo. La madre le miraba.

—Venimos por esto... —le alargó el papel que había sacado del bolsillo. Estaba doblado. La recepcionista la desdobló. Después de leerlo miró al padre.

—Salgan por aquella puerta, por allí —señalaba una puerta estrecha en un rincón.

Echaron a andar. La madre se volvió a mirar a la chica.

—Gracias, señorita —dijo.

—De nada, señora —se dirigió a un hombre que esperaba:

—¡Dígame, señor!

El padre y la madre siguieron caminando hacia la puerta. Casi encima de la cabeza de la madre estalló de nuevo el ruido:

«Señores pasajeros con destino a Madrid tengan la bondad de dirigirse hacia la puerta de embarque para ser acompañados al avión.»

—¡Cuánta gente!, ¿verdad, tú?

—Fíjate.

—¿Será esta la puerta?

—Será, Juan. ¡Yo qué sé! Preguntaba otra vez.

—Nos ha dicho que vayamos a la sección de mercancías.

Había un mozo alto, junto a la puerta. La madre se paró frente a él.

—Dispénsame, señor, ¿usted sabe dónde está la sección...?

—... de mercancías? —terminó el padre.

—Pues... debe de ser allí —señaló—, mire... debajo de aquel letrero.

El padre levantó la mirada hasta el letrero de neón.

—Mer... can... ci... as... —leyó—.

¡Vamos, tú!

Empujaron la puerta. Había un mostrador y un hombre de uniforme detrás. El padre se llevó la mano a la boina.

—A las buenas tardes... —dijo.

—Buenas tardes, señores. ¿Qué desean?

—Pues... venimos por esto, ¿sabe usted?

El hombre estaba ya leyendo el papel.

—¿Son ustedes... de su familia?

—Somos sus padres.

—Ah, ya! Acompañenme, por favor.

Los dos echaron a andar detrás del hombre. Había un muchacho joven, también de uniforme, que fue tras ellos. Salieron por detrás del edificio. Había muchos cajones, paquetes y grandes bultos.

—Ustedes comprenderán. Esto es una oficina de mercancías, no hay sitio donde tener una cosa así... bueno, dispénsame, quiero decir que no es lugar para estas cosas...

—Sí, comprendemos —dijo él—.

¿Dónde está?

—Ahí, miren, ahí, en ese rincón.

—Había un montón de cajones.

El padre agarró del brazo a la mujer atrayéndola a su lado.

—Pero ¿dónde, dónde?



—Ahí, es aquel bulto largo —señaló a una larga caja de madera, cubierta con una lona.

La madre se acercó a la lona y pasó la mano suavemente sobre ella.

—¿Está aquí el Juan?

—Sí, señora. Ahí está. Siento mucho...

—¡Dios mío, Dios mío, el Juan.

La madre lloraba con sollozos cortos, muy débiles. El padre se quitó la gorra y luego tiró de la lona. Era una caja larga, de madera, cuadrangular. Había letreros y sellos sobre ella.

—¡Juan! —dijo también el padre.

Los dos empleados estaban detrás, mirándoles. La madre lloraba sobre la caja de madera. El padre le pasó la mano por la cabeza. Luego se volvió hacia los empleados:

—Perdónenos; era el Juan, ¿comprenden?

—No se preocupe, señor. Ya nos hacemos cargo.

—Se fue a Alemania a ganar unas pesetas. Aquí en el campo... ya saben. Decía que pasaba mucho frío y que no podía con la comida.

—Era natural, pero ¿de qué ha muerto?

—De una polea. Le dio en la cabeza y lo mató. Nos lo escribieron los compañeros de trabajo. Era una carta con más de cien firmas.

Mírela —sacó un papel muy doblado del bolsillo y se lo alargó al hombre.

... Nuestro compañero Juan Fernández Heredia —fue leyendo el empleado, en voz alta. El otro miraba por detrás—, que murió ayer, en accidente de trabajo. Estaba de pie, sobre unas vigas, con el soplete, cuando una polea le dio en la cabeza y cayó desde cincuenta metros al suelo...

—¡Caray! —dijo el joven.

... Todos sus compañeros españoles de trabajo.

—¡Fíjate qué de firmas!

—Luis Moreno Calvo, Andrés Estébanz Gómez, Felipe Aguilar Aguirre, José Pérez...

—Hay hasta firmas con el dedo.

—¡Qué bárbaro, vaya una gente!

El hombre le devolvía la carta al padre. Ya no lloraba la mujer, reclinada junto a la caja.

—Bien..., pues ustedes dirán cuándo se lo llevan.

—¿Llevármolos?

—¿Tenemos que llevármolos? —dijo la madre.

—Pero... ¿no lo llevan ustedes al cementerio?

—¿Nosotros? No señor. Nuestra misión termina aquí. La compañía sólo se ha hecho cargo del transporte desde Alemania hasta aquí. Con la entrega en el aeropuerto termina el contrato.

—¿Y cómo nos lo vamos a llevar?

—Yo creo que lo más indicado es que se dirijan a una funeraria y que ella se encargue de todo.

—Pero ¿y el dinero?

—No tenemos dinero —dijo la madre. Luego añadió—: Oiga, ¿pero está ahí el Juan?

—Señora, yo...

—¡Cállate, mujer, cállate!

—El Juan... —lloraba otra vez, con sollozos breves— ¡Tan buen mozo! ¡Tan trabajador! ¡Y le tienen ahí metido..., ahí metido como algo malo. ¡Hijo mío!

—Pero mujer, por Dios, calla —el padre tiraba de ella, llevándola lejos de la caja.

—Cálmese, señora. Ya no tiene remedio.

—Oiga y... ¿cuánto tiempo pueden ustedes esperar para que nos lo llevemos?

—Pues... figúrese usted, señor. Se trata de un cadáver.

—Sí, claro...

—De todas formas, diríjase usted a las autoridades. ¡Qué se yo!

El padre iba tirando de la mujer. Ella había sacado un pañuelo y se limpiaba los ojos.

—Dijo que iba a ganar mucho dinero, ¿te acuerdas?

—Claro que me acuerdo, mujer! Déjame tranquilo.

—¿No nos quedamos uno con él, Juan?

—¿Cómo vamos a quedarnos aquí? ¡Si fuera un depósito!

—Parece como si no estuviera muerto, ¿verdad? Como si no estuviera el Juan...

—¡Calla, por favor!

Otra vez se acercaban al ruido del aeropuerto. Iban uno detrás del otro. Ya no tiraba el padre de ella. Los dos empleados se quedaron bajo el letrero que ponía «mercancías» mirando.

—¿Qué crees que harán?

—No lo sé. ¡Pobre gente! Figúrate si tienen que buscar el dinero.

—Me imponía la madre, chico. Parecía como si no quisiera admitir que su hijo estuviera ahí dentro...

—La costumbre..., ya sabes: el atadío, los cirios, ¡hacen mucho!

—Sí, claro.

Ya no se veía al matrimonio. De los altavoces llegaba clara la voz de una mujer:

... es el último aviso para los señores turistas de la Compañía Lufthansa procedentes de Frankfurt y Munich con destino a Torremolinos.